

# REVISTA CASTELLANA

LITERATURA • HISTORIA • CIENCIAS • ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 &amp; 6.—VALLADOLID

R. 038

## El alma de Don Miguel

**L**ector: ¿conoces al maestro Don Miguel de Unamuno? Si has visto a este mago señor, el trágico pensador español, nómada y solitario, y él, desde la torre de marfil de su indiferencia, te miró a través de sus gafas de oro, con aquellos sus ojillos vivarachos, ¿no sentiste el escalofrío de la sensación?

Es probablemente el autor de *Niebla*, entre nuestros pocos españoles notables, uno—por no decir el único—de los más conocidos. Pero a Don Miguel, que *todos* conocen, *pocos* le conocen. A lo sumo en uno de sus viajes a la vieja Salamanca—esta dorada pequeña Atenas—, hanle visto cruzar distraído, en andante peregrinear siempre pensativo y abstraído a través de las plazas y las callejas de «su Salamanca», o le contemplaron a lo sumo asomado a la ventanilla de un tren. ¿Pero es que esto es conocer a Unamuno? ¿Es que de manera tan fortuita se conoce a un hombre que sabe pensar, sentir y decir tan pronto de *todo* mal y de *todo* bien? Perdonad, yo quiero comentar algo alrededor de este tema.

\*

Mientras cae el sol...

Un sol pálido, color de oro viejo, y una tenue claridad vespéral en campos de Castilla,—santo y dulce crepúsculo en los débiles altozanos, las pardas lomas y los hondos surcos—, es algo que induce y arraiga místicamente en el alma. Brofan a la vida las viejas tradiciones hidalgas de los tiempos mozos de nuestros bisabuelos, hieráticos y andantes caballeros en recios mulos por los polvorientos caminos castellanos... Hora de ensueños, de meditaciones, de virtudes, pero también de galloferas andanzas, de intrigas, de cansancio. Y aquí en medio de esta serenidad azul y lenta, bajo la sombra secular de un pino tan añoso como legendario, leemos al maestro, a este extraño señor Don Miguel de Unamuno, como Flaubert psicólogo, como Moreau trágico: siempre español, muy español, y muy hidalgo poeta del siglo XX.

Hemos oído no pocas veces decir: «Unamuno es un escritor neurasténico». No, señores. Unamuno no es un escritor extraño ni raro, ni

mucho menos anormal. Propalar tales majaderías no es un caso razonable, casuístico, es algo prefijado, anodino, generalmente surgido de cerebros poco educados y ajenos en un todo a la labor continua del polígrafo, del pensador y del poeta. Tienen los escritos del ex-Rector de Salamanca, algo antinatural y superfinamente delineado con respecto al espíritu vulgar y que acostumbramos a leer en nuestros restantes literatos. Mas tiene en cambio, como compensación, la eterna idealidad y el hondo sentimiento de hacernos sentir sobre lo superficial. Porque por lo general, los lectores no acostumbran a meditar, glosar o comentar las ideas o principios que a través de aquellas líneas estudiamos.

Déjase el lector arrastrar por una corriente favorable, compenetrado con el escritor, como éste a su vez acostumbra a plantear y desarrollar su tesis de una manera perfectamente sencilla y arrancada del vulgar sentimiento común. Esto no es franqueza ni deseos de enseñar. Es preciso sentir hoy de un modo y mañana de otro, para que así de este modo, el lector asiduo, situado en los dos tópicos o extremos de ver las cosas antagónicamente, piense y medite y defina sobre aquel asunto con arreglo a su criterio y sistema.

¿Pero es que acaso esos que propalan inopinada y desacordemente que Unamuno «es un loco», conocen su obra, su vida, sus disquisiciones? Ni por asomo. Lo hacen porque sí, por *snobismo*. Mas Don Miguel, con sus rarezas, con sus distintos modos de pensar sobre lo mismo, es evidente que sabe pulsar y tantear la opinión y que entre nuestro público que lee, marcha a la cabeza.

Hay además otro testimonio de agradecimiento en su haber literario: el de la juventud. Nuestra formativa juventud intelectual, rebelde y «divertida», ha bebido todas sus enseñanzas en las fontanas siempre deleitosas del autor de *Ensayos*. Sus enseñanzas, sus filosofías, podrán o no asentarse sobre la euritmia fortísima de la verdad, pero que han servido para despertar un nuevo cauce en las letras españolas, es evidente. Antes de él, apenas si vislumbrábamos en los periódicos y el libro, el clásico aficismo pagano transportado a nuestro ambiente actual. Hoy en cambio sabemos revolvernos y pegar con toda la fuerza de nuestras facultades. Si ésto por sí solo no define a un hombre, conengamos en que éste debe de ser más incompleto aún que lo que suponía Nietzsche. Además, que a Unamuno no se le puede considerar como un escritor ficticio, desacorde, mentiroso. Suponer esto, sería no detenerse a pensar. Porque Unamuno es un literato íntegro, pasional, rebelde y hasta casi ególatra; tal como se requiere que sea todo «sensitivo» sér que tiene fe en sí mismo y en su valer. Y Don Miguel de Unamuno la tiene, porque siente, piensa y obra como él quiere, no como «quieren que quiera».

¿Poeta Don Miguel? Poeta, sí, y muy grande en nuestra opinión. Pero no en sus versos, como *El Cristo de Velázquez* y su libro de *Poesías*. Aquí podrá serlo igualmente, lo será, lo es... Mas el poeta que nosotros decimos es el de los *Soliloquios*, *Por tierras de Portugal* y

*España, Del sentimiento trágico de la vida, Vida de Don Quijote y Sancho, De mi país, Niebla, Paisajes, etc., etc.* Este es nuestro poeta, el que mejor comprendemos y admiramos, porque en una pincelada suya va envuelta la forma, la facilidad, el ardimiento y la elegancia del estilo, que es «muy suyo» y muy original.

He aquí, pues, echados muy a la ligera unos comentarios acerca del hombre del chaleco cerrado y mago trágico Don Miguel de Unamuno. Si alguna vez, lector, paseas por las pinas y señoriales encrucijadas salmantinas, bajo la brumosa impresión de sus mansiones feudales, y cruzaste en tu camino con el sempiterno conversador, grácil y ameno, que se llama Miguel de Unamuno, descúbrete, has conocido al hombre que mejor sabe sentir con y en contra de lo vulgar de nuestro espíritu.

Santa paz castellana del campo: hora triste, de luz mortecina y augurios trágicos. A través de tus polvorientos senderos y verdosas laderas, vamos recitando con el protagonista del cuento: «Todo se acaba en este mundo miserable»...

¡Salve, norteño Don Miguel!

EMILIO BLANCO

Salamanca-Septiembre-916.

## Introducción

**H**acer versos y versos y más versos  
y echarlos por el mundo a la manera  
de un diluvio de pétalos dispersos  
sobre la muchedumbre vocinglera,

es arrojar en el abismo gemas,  
si en el estruendo del humano coro  
nadie escucha el rumor de los poemas  
por correr tras las ánforas de oro.

Y es preciso hacer versos—mariposas  
que van de los rosales interiores  
a libar en el cáliz de las rosas—

porque es deber de artistas y poetas,  
todas las llagas convertir en flores,  
sobre el pantano derramar violetas!

J. B. JARAMILLO MEZA

Jericó. Antioquía. Colombia.

# Un historiador leonés

Eloy Díaz-Jiménez y Molleda

**H**ombre de recio gesto, que simula hosquedad, de altiveces temperamentales, de toques de misantropía, tenía que ser historiador...

Y un historiador de aquellas modalidades personales ha de acendrar su vocación en el estudio documental, polvoriento y agrio de esos papeles rancios donde fué quedando como ceniza de Numancias sepultadas, la substancia del alma de Castilla.

He aquí cómo Eloy Díaz-Jiménez, por necesidad espiritual, conscientemente sentida, sumerge sus melancolías entre infolios y pergaminos y sabe de secretos de abadías y monasterios arruinados y conoce los misterios de castillos y casas solariegas y pone amor en su evocación y honrada sinceridad en el atalaje científico que avalora el trabajo del cronista.

Heredó este joven historiador la contextura mental de su padre—un ilustre y sabio profesor, honra de la cátedra española,—heredó la habilidad en la búsqueda del dato recóndito; en la investigación paciente de los archivos, en la tenaz labor de exhumación y en el claro concepto de la honorabilidad de la firma que responde y autentiza del trabajo histórico.

Ahora bien: este cronista reduce voluntariamente el diafragma del objetivo y siguiendo una vocación bien afirmada, aplica exclusivamente su estudio a un trozo de vida española, al que más conviene y se ajusta a los espíritus castizos añoradores de tiempos de capa y espada, de abades opulentos y regidores sin doblez ni coyuntura.

Y reduce el objetivo porque no quisiera ver más en el mundo de lo pasado que una época gentilmente española, de hidalgos y ricos-homes, altos hechos y santas y patrióticas empresas.

Claro es que en el mundo hay más y peor que todo eso, pero un historiador que trabaja por pura devoción tiene derecho indiscutible a escoger para sus cuadros la escena, la luz y el color, como el turista que visita únicamente las viejas ciudades que le son más gratas.

¿Buen gusto?... ¿atavismo?... ¿quién sabe lo que nos lleva a huir de la miseria y descansar en el rellano que la simpatía nos depara?... Hay una época en la historia de España, desde D. Juan II hasta la extinción de la gloriosa casa de los Austrias, que guarda para todo escritor romántico el encanto de la grandeza perdida para el hidalgo arruinado: no hay período mejor conocido ni más admirado por los cronistas, por los poetas y los artistas todos.

El genio, que nace en pueblos prósperos, iluminó la senda que recorrió entonces el alma de Castilla, nuestra madre, y aún se alzan los monumentos insuperados que son el patrimonio del arte español, y

aún vibran en los teatros del mundo las escenas que entonces se escribieron, y son todavía y serán siempre el asombro del hombre culto los cuadros del pincel español de aquellos tiempos en que sin vanidad y sin cursilería tuvo España un relieve geográfico poderoso y un gesto político soberano.

Mal haya quien, imbécil y sin jugo en el meollo, desconoce o menosprecia unos siglos de tan gentil bizarría, y bien haya quien—como el cronista de que venimos hablando—agota la luz de los ojos y el calor del cerebro en su investigación prolija, documental y científica.

Y bien; yo tenía que decir al lector que Eloy Díaz-Jiménez, hombre de recio gesto que simula hosquedad... de talento claro y perspicaz observación, de depurado estilo, ha escrito una obra sincera, notable, acerca de la intervención de los leoneses en la quijotesca aventura de los Comuneros de Castilla, y yo tenía que decir del libro unas cuantas cosas que ya no caben en esta crónica insubstantial.

Quédese para otro día.

MARIANO D. BERRUETA

## Quiteñas

Es una noche triste de invierno. Soplo frígido  
 sacude las ventanas. Del cielo el gnomo rígido  
 oculta a las estrellas. En la entornada alcoba  
 la luz vacila. Se oye como callada trova,  
 como un rondó amoroso que muere a la distancia,  
 cual si un desierto fuese la reducida estancia  
 y la canción viniera de lejanos países,  
 conduciendo tristezas, nostalgias de horas grises.  
 Tiernas y finas manos recorren la guitarra  
 con arte y sentimiento: su trémolo desgarrá  
 el corazón. La madre y la hija—dos morenas  
 de negros grandes ojos, dos plácidas quiteñas—  
 los instrumentos pulsan. ¡Qué notas, qué armonía  
 de mundos ignorados! ¡Cuán suave melodía!  
 Los rápidos acordes, la escala imperceptible,  
 con el latir del pecho se mezclan. ¡Qué indecible  
 vibrar de cuerdas!: lloran, suspiran, fingen preces;  
 nos hablan un lenguaje de extrañas languideces:  
 ya son gemidos lentos—plegarias infinitas—  
 ya son de amor arrullos, ya intraducibles cuitas.  
 El alma se transforma... y transmitir no acierto  
 las hondas impresiones del íntimo concierto.  
 El dulce arrobamiento me deja silencioso.  
 La música agoniza, y su último sollozo  
 queda vibrando apenas... El amor en el mundo  
 es arpeggio del alma, misterioso y profundo.

Quito (Ecuador)

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

## CUENTOS LEONESES

## Jorge

Había pasado la noche sin pegar ojo, preocupado con el ruido de aquel tren que cruzara por allí en las primeras horas de la madrugada, contra toda costumbre, deteniéndose en la estación algunos minutos entre la algarazara de un sinnúmero de viajeros que atronaban el andén. ¿Qué podía ser aquello?

La casa de Carrasquín, el mozo de estación, estaba de allí á muy pocos pasos y casi enfrente de la salida de viajeros. Acurrucado junto al mostrador en que su amo trataba vanamente de aliviar, con la venta de fermentidos brebajes, las agonías de un mísero sueldo, había el perro escuchado, atentísimo, el paso de aquel convoy turbulento, lleno de ruidos y voces sonando a alegría, que llegaba a alterar, como algo anormal e insólito, el rítmico concierto de todas las noches, en que las sirenas de los trenes que salían y llegaban, los silbatos de los empleados que atendían a las maniobras y los topetazos de los vagones juntándose a golpes de sus planchas de acero, acompañaban el sueño de los ferroviarios a quienes tocaba hacer servicio de día.

Al pobre Jorge—que así se llamaba el perro, lo mismo que el jefe de la reserva de máquinas que recientemente había dejado allí memoria, por ser un perro para sus inferiores, y nada más justo que poner su nombre a un perro—no podía alcanzársele el motivo de tal novedad. Era el primer tren botijo de la temporada, que iba en busca del mar para tanta gente como huía del verano en Madrid, deteniéndose, casi al amanecer, en aquel minúsculo pueblo, perdido entre montañas, cuyo vecindario estaba compuesto casi totalmente por los empleados de la línea, pero donde la parada era algo más importante que en otras estaciones, por la toma de agua y la maniobra para suprimir la doble tracción.

Mal había amanecido el día para Jorge, el perro de Carrasquín; un perro de raza indefinible, larguirucho y escurrido, de manchas acaneladas sobre un pelo blanco sucio; famélico can que se había venido vía adelante, sin saberse de dónde, y se llegara al mostrador del ferroviario metido a tabernero, buscando acomodo entre las caricias de los chiquitines; un gandul, después, que no quiso participar de las hambres de aquella casa y tenía desesperado a su amo con la peregrina idea que se le había ocurrido, y tan diestramente llevara a efecto, para buscarse el condumio.

Calentura le había entrado oyendo la algarabía que a tan desusadas horas hubo de traer a las montañas en silencio aquella expedición rui-

dosa y alegre. ¡Flojo debía ser el botín perdido! Y el triste perro, siempre hambriento y flaco, no veía el momento de que se abriera el tabernucho, para precipitarse al andén en busca de algún residuo substancioso de las provisiones que indudablemente debían llevar consigo aquellas buenas almas que, sin embargo, tenían la humorada de pasar por allí a deshora.

Comenzaba la buena época, el verano. ¡Oh, y qué gordo y rozagante se ponía entonces! En invierno, ni asomaba un viajero la cabeza, ni abrían las ventanillas, ni menos arrojaban el más pequeño desperdicio fuera del tren. Aquello era morir de necesidad. En cambio, con el buen tiempo todo eso venía de contado.

Subía Jorje a los coches, sólo a los de tercera—sabía él muy bien dónde había de encontrar lo que era objeto de sus constantes preocupaciones;—andaba husmeando por los estribos; miraba con faz hipócrita a los viajeros para que le echaran alguna cosa que mereciese la pena de rendirla homenaje, y si nada le daban, lo tomaba él muy gentilmente así que se presentaba bien una ocasión y se cerraba mal una portezuela. Entonces entraba en los departamentos abiertos, para sustraer la merienda a cualquier viajero que bajase a la cantina, aunque tuviese que esperar a que abrieran de nuevo, al subir, y se viera obligado a arrojar, con el tren en marcha, a la vía.

Pero, aun en esta época, no todo eran satisfacciones. Aparte los puntapiés que recibía de los viajeros ayudándole a engullir lo que les robaba, había algo más que integraba también el programa de verano: las palizas que Carrasquín metía al perro cada vez que el jefe de la estación, irritado con las hazañas de Jorje, reprendía a su amo agriamente, advirtiéndole una vez más que no quería ver al perro por el andén.

Aquello era terrible. ¡Un sujeto como Carrasquín, tan respetuoso con el derecho de propiedad; un hombre a quien todos los demás empleados, con una confianza absoluta en su honradez, dejaban unos para otros, al pasar de los trenes, mil encargos de valor, incluso respetables cantidades de dinero, tener que sufrir tales bochornos por las andanzas de aquel granuja!

¡Y cómo engañaba el mote del desgraciado mozo, que tenía que repartir su sueldo de nueve reales con una mujer y seis hijos! ¡Carrasquín!... Hombre más desgarrado y grandullón no era posible. Para hablar todo lo hacía menos hablar, sustituyendo el uso de la palabra con ademanes peculiares suyos, moviendo los brazos como dos aspas rotas y caídas. Era verle de explicar el desempeño de una misión secreta, que constituía verdadera pasión en él. Toda la gama de las actitudes trágicas y misteriosas, de la suspicacia y el recelo, como quien teme que sus propios ademanes le delaten, salía a cuento en tales casos.

Pero la exaltación de aquella mímica llegaba al más alto grado en sus reyertas con la cantinera de la estación, mujerota rolliza y dominante, a quien tenían indignada las empresas taberneriles de Carras-

quín, que se había propasado a hacerla la competencia, a dos pasos de su cantina, para ayudarse a la mantención de tanto hijo.

¡Qué de expresar la indignación de Carrasquín, en tan dramáticos momentos, sus ojos pequeños y fosfóricos, su frente deprimida y hue-suda, su cetrino rostro, en que el arranque de la nariz, nada fina, aunque delgada y muy saliente y amoratada en la punta, parecía perder-se, a través del etmoides hundido, en busca del cogote, mientras que las aspás desmayadas de sus remos superiores se movían a compás y tendíanse después cruzando el pecho alternativamente, para señalar luego con el índice un punto imaginario y terminar el mozo golpeándose la espalda por sobre el hombro, con gesto despectivo y mudo, de hon-rada cólera.

Menos mal que en aquellos altercados no debían tener la menor parte las proezas de Jorge, por cuanto ni una patada para él solía resul-tar de tales escenas, que él contemplaba mirando fijamente a su amiga, a la pobre Carmela, la criadita de la cantina, que escuchaba la disputa temblando, pues siempre era ella la que salía pagando aquellos dis-gustos.

¡Pobre niña! Antes de amanecer echaba a andar desde su pueblo, a dos kilómetros de la estación, para abrir la cantina, donde había de estarse hasta las diez de la noche aquella figurilla rubia, enteca y doblada, de ojos tiernos y eternamente llorones, que era el único sér en quien el perro encontraba ternura, pues Carmela le daba siempre, cuando estaba sola, las sobras de los guisos y fiambres que iban echándose a perder, y cuando Jorge se dolía de alguna paliza propinada por Carrasquín, ella era quien, siempre a solas, le acariciaba luego tristemente.

Bien pagaba el chucho aquellas finezas de su amiguita. Cuando los mineros, ayunos de placeres, venían a afeitarse desde el apeadero inmediato, y al tomar unas copas intentaban meterse con la pobre chica, fea y demacrada, con los ojos siempre lloriqueando, allí estaba Jorge para defenderla, gruñendo valerosamente. ¡Y cómo le echó de menos Carmela, al regresar de noche a su casa, cuando Carrasquín se lo regaló a un amigo que vivía en lo más alto del puerto!

Realmente, las diabluras del famélico can no merecían otra cosa. Carrasquín estaba aterrado. El jefe le amenazaba con el traslado a otra estación si no se llevaba de allí a aquel demonio. ¡El traslado!... ¡Dejar de vender vino! ¿Qué iban a comer? Y lo mandó fuera. Pero Jorge se escapó. ¡En seguida renunciaba él a aquella vida! Le ató Carrasquín, negándose a aceptar la oferta, que le hacía el compañero, de darle muerte. Le amarró bien; pero lanzaba el perro unos aullidos que partían el corazón, sobre todo al oír los silbatos de los trenes. Hubo que sol-tarle, y volvió a las andadas.

Volvieron también las reprensiones a Carrasquín, los castigos al perro, que recibía sin chistar los golpes de los viajeros, pero que aullaba como un condenado, escandalizando atrocemente, si le pegaba la

gente de casa, los de la estación. Aquello no podía continuar, aunque Jorge se echase otras cuentas, pues acaso debía comprender él que, de otro modo, hubiera resultado una carga más para aquella casa donde había tantos seres casi sin pan. ¡Cuántas veces parecía querer decir, con la mirada humilde, al amo entristecido contemplando su hogar: «No te apures por mí.» Pero de poco valía que Jorge se buscara el sustento, que no disputase el pan a las criaturas de casa, tan encariñadas con él, si los disgustos eran casi diarios, y el peligro del traslado inminente.

Quien se alegró de su regreso fué Carmela. Tornó Jorge a acompañarla al pueblo todas las noches. Sin él, ¡qué miedos había pasado aquellos días, expuesta a los encuentros con tanto minero borracho! La noche en que se cerraba tarde la cantina era cuando el perro encontraba cerrada ya su casa; pero dormía con gusto en la calle, aunque se preguntara su amo dónde andaría aquel granuja, que hacía entonces buena falta en casa para avisar si venía gente a beber a media noche. ¡Lo que Jorge había deseado en la madrugada última que alguien fuese a llamar a la puerta!

Cuando ésta se abrió, antes de la llegada de los correos, Jorge se lanzó anhelante a la vía. Nada halló, ningún resto del paso de tanta gente, que así turbara el silencio de la noche en aquel extraño tren. Pero al acercarse a la cantina, para dar con un sordo gruñido los días a Carmela, algo agitó ésta en sus manos, dirigiéndole una sonrisa que contrastaba con el lloro perpetuo de sus ojos; algo vieron los de Jorge, que se encandilaron, en aquel papel rezumando grasa. Ya no se apartó de aquellas inmediaciones, ni hizo caso alguno de la llegada de un tren mixto, cuya locomotora entró dando fuertes resoplidos, que hallaban mayor eco en el ambiente húmedo de aquellas montañas.

Al asomar, casi en seguida, el primer exprés, sin que Jorge le viera venir, Carmela aprovechó el revuelo producido por la proximidad del tren para arrojar al perro, a espaldas de su ama, el obsequio prometido. Apenas lo tuvo Jorge en su boca, se lanzó a correr, pensando en el regalo que iba a darse.

Siguieronle, dando voces, algunos empleados que tan diligente le vieron; oyó los gritos de Carrasquín, que amenazaba con matarle, y, lleno de terror, huyó, huyó siempre, hasta encontrarse con las ruedas del tren que llegaba, cuyas llantas despejaron el flácido cuerpo.

Lloraba el amo de Jorge. Carmela se había escapado de la cantina, sin atender a las voces de su ama. Se hallaba allí junto Carrasquín; estaba pálida; no lloraban entonces sus ojos; la cara hacía una extraña mueca de dolor. Carrasquín lo achacó a burla y se dijo:

—Tan mala como la otra.

H. GARCÍA LUENGO

## EN UN PUEBLO DE CASTILLA

## La noche víspera del día del toro

«¡Zangá, zangaaa!...»

Un hálito de aire que parecía una tufarada de horno salida de la tierra calcinada durante el día por el fuego del sol, abochornaba el denso ambiente de aquella noche de estío, víspera del anhelado día en que el pueblo del Endrinal celebraba la anual corrida de novillos y toro de muerte.

El silencio y sosiego con que transcurrían las noches durante todo el año del vivir monótono y resignado de este laborioso y sobrio pueblo castellano, se habían conturbado esta noche víspera del «día del toro».

Todo estaba permitido esta noche; para todo desenfreno había una benévola disculpa, una hipócrita explicación entre los más timoratos vecinos de este pueblo clásicamente honradote, sencillamente inculto, rutinariamente católico.

Los mozos más garridos del pueblo, provistos unos de enormes cayatas y otros de picas, habían ya al atardecer tomado el camino que conduce a la dehesa de los Encinares, distante dos leguas, y a la que a media noche llegaría el ganado para la corrida, con el toro de muerte, que el marqués de Garcivaca, de quien era uno de los colonos principales el Alcalde, había contratado con el Ayuntamiento de este pueblo del que era el primer terrateniente.

En esta dehesa descansarían el ganado y abrevaría en el hilo de agua de un riachuelo que dicen tiene su nacimiento en las sierras próximas, estribaciones de la de Béjar, y ésta a su vez de la cordillera Carpeto-Vetónica. Allí esperarían aficionados y vaqueros la del alba para conducir el ganado al pueblo del Endrinal, verificándose hasta enchiquearlo en los establos de la *Plaza de la Constitución (!)*, convertida en circo taurino, la primera y más emocionante escena del día anhelado, llamada «el encierro».

Eran ya las doce de la noche, y a las afueras del pueblo, por la parte donde había de entrar la corrida, por los atajos y veredas que conducían al camino de la dehesa de los Encinares, aflufan mozos y mozas, retozonas, bullidoras, éstas; jadeantes, ebrios, aquéllos.

En grupos de cinco o seis, se formaban los mozos echándose los brazos por cima de los hombros, y así, como uncidos, marchaban de

frente cabeceando y cantando por rastrojos y barbechos hasta llegar a las Fontiñas. En este paraje, así denominado, estaba la fuente del agua más suave y fresca que había en el pueblo, y la cruz de piedra que indicaba la entrada y salida por la única vía practicable, camino de herradura, que ponía en comunicación al Endrinal con el resto del mundo como también con la muy mentada y, para los del pueblo, esta noche de nuestro comento, venerada dehesa de los Encinares.

Venían e iban las mozas cogidas de la mano; y adrede, pero disimulando la intención, chocaban con los mozos, y éstos, que buscaban el choque, se cerraban en círculo procurando atrapar dentro de él a las mozas que intencionadamente aturrulladas se desasían, empujándose, entre gran chillería, unas a otras; o se asían fuertemente cuando veniendo por el número y la astucia, cogían a algún mozo suelto o separado de los demás.

¡Y ay del que, en este caso, no pudiera defenderse! El éxito completo de estas asediantes persecuciones consistía en, al mozo a quien rendían, zarandearle, golpearle y pellizcarle hasta dislocar, si podían, todo el cuerpo.

De este refocilamiento agreste, despertados los apetitos de la carne, se aprovechaban los más osados; y mocita había aquella noche que no sufría en su pudor porque estaba velada por las sombras confusas casi desdibujadas que producía la turbia luz pálida y bochornosa de la luna; por el griterío ensordecedor que unas y otras formaban; y porque las más de las veces, chocaban, formando parejas, mozos y mozas que no se conocían porque no eran del mismo pueblo.

Las que ya cansadas y rendidas estaban, iban a refrescar a la fuente, y en los peldaños de piedra que sostenían la cruz, se aliñaban algunas, se quedaban dormidas otras, hasta que el ruido del «encierro» que se aproximaba y los primeros rayos del sol del nuevo día, ahuyentaban tanto a las que eran como a las que aquella noche habían dejado de ser mozas.

En los rastrojos quedaban los mozos tumbados cantando, con insólita complacencia en un desacorde cavernoso, desmadejado, el «Zangá, zangá». Hasta que marchitos por los estragos del vino y por el engrifamiento sufrido en sus moceriles apetitos, se quedaban dormidos, arrullándolos el croar de las ranas de la muy próxima laguna, el monótono *gri, gri* de los grillos y el débil frescor que de la lejana sierra bajaba a desmodorrar la llanura inmensa, antes de que el sol llegara y la luna traspusiera. Frescor que parecía un beso de la Naturaleza agradecida, que, contemplando el sueño de estos mozos, se refa, se refa... mientras iba al pie de la cruz a depositarlo, misericordiosa e indulgente, como ofrenda impetratoria por las maltrechas mozas que cabe la cruz dormían.

Aquella noche no se cerraban las casas del pueblo. Todos los vecinos tenían forasteros. Sentados en sillas, tajuellas o en el suelo los más, formaban tertulia a las puertas de las casas.

Eran las doce cuando de la del tío Melitón se levantó éste con su cuñado y un amigo de éste que habían venido a las fiestas, y, con dos vecinos más, se marcharon a la taberna a beber y «a platicar de las sus comenencias».

Mientras, en la calle, a la puerta de casa, quedaban las mujeres platicando sobre lo propio y ajeno; entre ellas estaba la tía Santina.

Era la tía Santina una mujercita enjuta de carnes, luciendo una gargantilla de oro de la que una cruz del mismo metal pendía sobre el pecho levemente cubierto en su nacimiento por el justillo que aprisionaba los senos, dejándolos lisos. Una mantilla sujeta con broches de plata caía sobre sus hombros a manera de dullela. El pelo ralo y alevemente plateado convergía en un moño típico que en forma de un ocho realizaba la cabeza dándole relieve. Destacábase de entre los ya verdinosos manteos y pardo sayal la albura de una media calada que cubría la caña finísima de un pie menudito, embutido en unos antiquísimos pero muy finos y bien cortados zapatos, adornados con hebillas de plata.

Como entre las advenedizas vecinas que iban allegándose a la favorecida tertulia estaba la tía Rosita, que tenía un hijo soldado en Melilla, derivó la conversación a la guerra de Marruecos; con la que contristáronse los semblantes y la animación desapareció. La tía Santina, que en toda la noche no había hecho nada más que escuchar, y a lo sumo, tras una forzada risa de cumplimiento o un amago de tos, exhalaba un suspiro profundo, empezó a hablar evocando el recuerdo de su hijo único, soldado muerto allá en el Barranco del Lobo. Fué un soldado, reservista, del Batallón de las Navas, que hubo de incorporarse dejando a un hijo de poco más de un año de edad, a su mujer embarazada, a su madre, la tía Santina, viuda, y la hacienda, pequeñas propiedades de tierra que eran el patrimonio del que todos vivían, abandonada. Era el patrimonio o hacienda más saneado del pueblo y la única familia que a pesar de su modestia, conservaba consideraciones de abolengo entre las del Endrinal.

Y desde que, por el disgusto de tan sensibles pérdidas, murió también la esposa del hijo muerto en campaña, la tía Santina sola con el nietecito vió sus campos en erial y su casa desmantelada; pues, para comer, iba canjeando por especie lo que constituía el ajuar de la casa: muebles antiguos de reconocido mérito artístico para ella; piezas de lienzo crudo, raros corpiños, manteos, lórigas, anguarinas, bandejas de plata, etc.

El hijo único, el padre amante, el esposo cariñoso, el sostén de una casa, el agricultor honrado y laborioso, va como soldado reservista a cumplir con el sagrado deber a que, invocando la Patria, es requerido por los Poderes públicos; y al morir en el cumplimiento del mismo ¿qué ha ganado la Patria?...

Lo que ha perdido la Patria es algo ético y positivo: la desventura de una madre, la ruina de una familia, la desolación de unos campos... Lo que ha ganado ¿compensa esas pérdidas?

No era irremisiblemente necesaria, no era imprescindible a la salvación de la Patria la prenda de la vida del soldado hijo de la tía Santita; muerto, sí, gloriosamente en las siniestras cañadas del Gurugú, pero... Lo que de arbitrario e injusto había habido, ya se lo decía España a la tía Santina; y ésta, agudizando su mentalidad sana y vivaracha, llegaba a lógicas consecuencias, para las que no hallaba expresión adecuada, y confundida con el desequilibrio legal, que ella a su manera en todo esto notaba, con algo socialmente irreparable, que ella atisbaba al ver a su nieto desamparado y sus desgracias olvidadas, lloraba sin acertar a medir su inmensa aflicción; y lloraban solas la tía Rosita y ella porque las otras vecinas ya se habían dormido.

¡La guerra de Marruecos sólo sinceramente la sienten y la recuerdan las madres españolas; sólo a las madres españolas preocupa hondamente el problema de Marruecos!

Y estas dos afligidas madres pueblerinas encontraban consuelo comentando sus desgracias; y deplorándolas, hallaron el achaque que a todas las suyas ponen los dolientes y pobres pueblos castellanos: el Gobierno tiene la culpa. ¡Estos Gobiernos!

Y parece que esta imputación se afirmaba: sí; los Gobiernos distancian más cada día el alma nacional del inapelable pleito africano y es una falta de cálculo gravísima no aceptar el fallo, porque Marruecos está en el destino de España.

*Tú, pueblo, que no prevés, ni estudias tu destino, tienes la culpa,* parece repetía un eco que no era otra cosa que el murmullo de la algazara con que de las Fontiñas a la taberna venían los mozos cantando el *Zangá, zangá*, estribillo de la canción tradicional que se rememoraba este día de la bárbara y salvaje fiesta, llamada por antonomasia el día del toro.

Y al «¡que viene!» «¡que viene!», de la plaza a las Fontiñas y de las Fontiñas a la plaza corrían llenos de trágica emoción hombres, mujeres y niños, mientras «el encierro» se acercaba acosado por los garrochistas espontáneos, por los vaqueros y jadeantes mozos osados y temerarios.

De la taberna, de entre los vahos del vinazo impuro, salía la canturía del *Zangá, zangá*, como alarido de jauría hidrófoba que espera la alborada para saciarse en las incautas fieras.

BERSANDÍN

(B. Sánchez Domínguez)

# La suprema dama de amor

(Relato novelesco)

(CONCLUSIÓN)

Larga y penosa fué la convalecencia de la enfermedad sufrida por el Padre Leonardo. Costóle al médico de la comunidad no poco trabajo dominar la congestión cerebral que el fraile sufriera. Además se le había llamado cuando el ataque amagaba paralizar órganos importantes. La debilidad general del paciente dificultaba también la acción curativa de los medicamentos. Su resistencia a tomar éstos contribuía a que el mal se alargase... Fueron menester la paciencia de los hermanos enfermeros, la vigilancia exquisita del Padre Prior y la asiduidad e interés del anciano facultativo para conseguir alguna mejoría en el enfermo.

Cuando pudo abandonar el lecho, parecía Leonardo la sombra de un vivo. La imagen de la muerte no se había borrado de su rostro. Un espectro andando daría aproximada idea de su figura, al levantarse por vez primera.

Desaparecieron los libros de su celda, por orden irrevocable del médico, que mandó recogerlos. Expuso éste la necesidad absoluta de que se le trasladase a un lugar apartado, a un pueblo solitario de la Sierra, a un punto donde sólo pudiera dedicarse a sanos e higiénicos ejercicios, que devolvieran al cuerpo las fuerzas perdidas. «Mucho aire, mucha luz, mucho campo y mucho paseo es lo que el enfermo necesita,» decía al Padre Prior, que le escuchaba atentamente. «Todo lo demás lo hará la juventud, de que aún disfruta para su dicha.»

Fué de este modo cómo el Padre Leonardo, acompañado del párroco de un pueblecillo serrano,—pueblo que parecía perdido en las fragosidades de una montaña y oculto al resto del mundo por peñascos y riscos,—partió una bella mañana del risueño Abril, en busca de la salud deseada. Caballeros ambos en dos de esos jacos serranos, pequeños de talla, duros de casco, ásperos de crines, enjutos de carnes y feos de estampa, pero resistentes a toda fatiga y capaces de subir a alturas a que una cabra montés quizá no ascendiera, marchaban por entre tomillos y carrascas, siguiendo veredas que solo aquellos nobles y sufridos «palafrenes» podían rastrear sin perderlas. Así anduvieron muchas horas, que al convaleciente se le hicieron breves. La charla inacabable de su campechano compañero—uno de estos felices y envidiables hombres que no apetece más de lo poco que poseen y que temen más que respetan a los frailes, porque saben que son la policía secreta de que se valen los obispos para estar al tanto de cuanto hace el clero de sus diócesis, procurando, por consiguiente, tenerlos contentos;—lo pintoresco y vario del terreno que atravesaban; la belleza del paisaje; la hermosura del cielo en aquella serena mañana; la pureza del ambiente; la fresca del aromático aire que respiraba, todo, en su grado, contribuyó a aminorar el tiempo empleado en el viaje.

Ya era de noche cuando llegaron a la puerta de la casa parroquial del mismo lugarejo a que iban. Rendido de cansancio, apeóse de la caballería el Padre

Leonardo. Cuando se acostó la noche aquella, molidos los huesos, bien oxigenados los pulmones, regularmente cenado, y un poco confuso y aturdido por la mareante e interminable conversación del bueno del párroco, no pudo menos de murmurar, mientras rezaba *in mente* sus acostumbradas oraciones:

—Me parece que hoy ha sido el primer día feliz en mi vida...

### III

Caminaba de sorpresa en sorpresa el Padre Leonardo. Nacido o poco menos en un convento, le sucedía lo que al ciego que viniese a la vida sin vista y que al llegar a la edad viril la recobrase de repente: juzgaríase trasladado por encanto a un mundo desconocido, preñado de hermosuras y de maravillas sin número.

Leonardo sabía de memoria cuantas excelencias de la vida campestre cantó en armoniosos versos Luis de León, el místico poeta; pero ahora que él las sentía, pensaba que el maestro vió el campo al través de un cristal que le estorbó hacer de sus maravillas un fiel retrato. El lirismo de aquel tierno vate tiene más de ficticio que de real. Para él la naturaleza fué un reflejo de la hermosura y de las bondades del Ser Supremo y no quiso ver en ella más que la grandeza inenarrable del poder divino, que comparaba con la pequeñez y miseria de las fuerzas del hombre, para deducir lo vano y deleznable que es el orgullo y la vanidad del que se titula rey de lo creado. De ahí el tono quejumbón y lloroso de sus pinturas todas, falsas con la falsedad de quien toma el efecto por la causa y pretende hallar siempre la segunda en el primero.

La vida campestre no le inspiraba al Padre Leonardo el sentimiento de tristeza que le producía al maestro, tan imitado luego por románticos y pesimistas, que exagerando la nota de amilanamiento que la contemplación libre y directa de las sublimidades de la creación produce, han concluído por afirmar que la naturaleza no es madre sino madrastra del hombre. Al contrario, experimentaba alivio tan dulce cuando en plena soledad campestre se veía, que creía notar, que por el purísimo aire que respiraba, por los armoniosos ecos que oía, por los deliciosos paisajes que contemplaba, por los objetos que tocaba, por los líquidos que bebía y hasta por las piedras y hierbas que pisaba, torrentes de vida penetraban en su interior transformándole en un hombre nuevo; y que sus sentidos todos adquirían energías desconocidas y le llevaban al alma sensaciones nunca gozadas, que hacían acelerar la marcha de su sangre, palpar el corazón con firmeza inusitada y estremecerse el espíritu en agitaciones indefinibles.

El Dios cuyo soplo hacía agitarse las ramas de los árboles en el monte donde pasaba largas horas del día entregado a internas reflexiones, no debía ser el Dios de que formó idea con la lectura de sus autores predilectos. Parecía este Dios más comprensible a la inteligencia humana y menos aseQUIBLE al hombre, por menos filosófico y más distanciado, que el Dios símbolo de que los místicos hablan.

«Este Dios no será tan terrible como ellos lo pintan,—pensaba,—pero debe ser más sencillo y más bueno, y acaso no se preocupe tanto de las miserias y pequeñeces de los que se creen hechos a imagen suya, conforme los pensadores religiosos opinan. Porque el Dios que ellos forjan parece ideado a medida de sus gustos y tiene algo de convencional y supuesto, mientras el Dios que aquí se adivina, en la magnificencia de ese cielo infinito, en lo imponente de este

augusto silencio, en el esplendor de ese astro que me alumbra, en la hermosura de esos árboles que embalsaman de aromas el aire que respiro, en la belleza de la corriente que forman las aguas de aquel río, debe ser un Dios todo bondad, un Dios de excelsitud indescriptible, de sabiduría indescifrable, tanto más ajeno e indiferente a la miserable criatura humana, cuanto más inmenso, más grande, más infinito debe ser él mismo.»

«Pretender que con ese Dios puede aspirar el hombre a formar «un todo» en la vida, ha de ser como intentar el amalgamamiento de lo que es y de lo que no es, del ser y de la nada, de lo mortal y de lo que no muere, de lo infinito y de lo que tiene límites; como querer que el calor y el frío se unan sin repelerse, que se identifiquen el llanto y la risa, que la vida y la muerte se fundan, que lo pequeño y lo grande se igualen, que el amor y el odio se confundan, que no se diferencien lo posible y lo imposible, que se identifiquen la esencia y el accidente, que la verdad y el error sean una cosa misma...»

«Un hombre que intente llegar a Dios por amor y confundirse con él, siendo el amor del hombre tan mísero como inimaginable de grande será el de Dios, opino que intenta la posesión de un ensueño tan irrealizable y quimérico como el de quien se empeñase en que podía construirse fácilmente una escala de cuerda para subir al cielo... Unirse a Dios en la vida, voy pensando que es locura tan insigne como la de Icaro cuando con alas de cera quería desafiar en su vuelo a las aves... Por inmenso y volcánico que supongamos el amor encendido en el corazón de una criatura, ¿es creíble que hasta Dios, que está tan alto, que debe encontrarse tan lejos de nosotros, pueda llegar el soplo más tenue de ese amor, la chispa más leve de ese fuego?... ¿No será todo ello fruto del orgullo y de la vanidad humana, que se hace la ilusión de que hasta el hombre, átomo en la inmensidad de lo creado, puede descender el autor de la creación toda?...»

Y conteniendo a su imaginación, propensa, cual la de todos los enfermos, a desbocarse a poco vuelo que se la conceda, concluía diciéndose el Padre Leonardo:

«Mas, quizá, sea yo el orgulloso y el vano. Pues si Dios no nos concediese importancia, ¿por qué había de haber mandado a este mundo a su Hijo, a Cristo Nuestro Señor, al Dios humanado, precisamente para que muriese por amor a los hombres?»

Los primeros días, el rústico párroco de aquel pueblecillo serrano, apenas rezaba su Misa en la viejísima Iglesia, salía tras el Padre Leonardo para acompañarle en su excursión campestre. Seguíales un zagalejo con el hatillo de la merienda y la bota de vino, y se dirigían invariablemente al pinar del monte inmediato, donde pasaban el tiempo hablando sin cesar el buen *pater* de cosas indiferentes, pero hablando siempre pues, sin hablar no podía pasarse cinco minutos seguidos, y escuchándole con no menos indiferencia el fraile, atento a la contemplación de las bellezas que desde aquellas alturas se admiraban.

Comían con excelente apetito, porque ya desde los tiempos de Cicerón es una verdad elevada a axioma que «el mejor de los guisados es el hambre y la sed el mejor de los potajes»;<sup>1</sup> y anochecido regresaban al punto de partida. Mas el párroco cansóse pronto de la monotonía de aquellas horas perdidas en

<sup>1</sup> *Cibi condimentum et fames, potus vero fitis.*

el campo, y pretestando que le era imposible dejar a su rebaño tantas horas sin vigilancia, dejó al fraile que marchase solo con el muchacho. En realidad, lo que el Cura aquel no podía dejar era su cotidiana «mano de tute» con el sacristán y el secretario, después de la comida; su acostumbrada siestecita de tres o cuatro horas, y su ordinaria visita a casa del alcalde para charlar sobre lo que los «papeles» traídos por el peatón del correo dijeran. «Todo eso de pasarse las horas enteras en un monte—decía,—será muy conveniente para los que estén enfermos, y muy bonito para los que vienen de las ciudades, donde viven ahogados en calles y en casas estrechas y donde no ven más árboles que los raquíuticos de los jardines; pero para los que vivimos en pleno campo, ¿qué necesidad tenemos de él ni qué bellezas vamos a descubrir de que ya no estemos hartos?»

Una mañana, el Padre Leonardo, que se sentía con fuerzas cada vez mayores y cuya convalecencia adelantaba a pasos de gigante, bajó por una de las veredas del monte, después de haber subido a lo más alto del mismo, seguido a larga distancia del zagalote. Sentíase agitado y nervioso y parecía sentir algún peligro extraño. Quiso calmar la agitación que experimentaba dando un largo paseo, todo lo largo que pudieran resistir sus piernas. Anduvo sin pararse mucho tiempo sintiendo gran alivio con el cansancio. Declinaba el sol cuando se encontró al pie del monte, en su descenso por la ladera opuesta a la que conducía al pueblecillo en que temporalmente residía. Un río, no de muy ancho cauce, pero sí de bastante profundidad, pasaba lamiendo la falda del pinar por aquel lado, y torciendo bruscamente a la derecha, se perdía en un despeñadero con sordo rugido.

No podía ser el paraje más delicioso ni más selvático. Quedó suspenso un buen rato, admirando belleza nunca vista por sus ojos y escuchando absorto el imponente y nunca oído rumor de las aguas al precipitarse en el abismo, dando un salto de colosal altura y volviendo a encauzarse, mugidoras e hirvientes, a distancia considerable. Parecíale la blanca espuma que formaba el agua al salir de aquel espantable abismo, la espuma de la cólera de la misma al verse bruscamente interrumpida en su correr manso; y los múltiples y bellísimos cambiantes que la luz formaba al quebrarse en ella, los rayos de su indignación o los destellos de su enojo; y el ronco ruido que su rápido descenso producía la protesta por la sorpresa recibida al encontrar cortado su natural camino.

De pronto, sacáronle de sus contemplaciones dos gritos simultáneos, estridentes y agudísimos: de dolor, uno; de espanto, otro. Breve, penetrante, intensísimo, el segundo; largo, angustioso, terrible, el primero. En aquél se revelaba la sorpresa, el miedo, la brusca sensación de una impresión muy fuerte e inesperada; en éste se descubría el terror, la angustia y el espanto. Ambos eran imperativos y acusaban en el fondo un deseo idéntico: el de auxilio y socorro, de que necesitaban urgentemente quienes los lanzaran.

El impulso instintivo que hace volver la cabeza para mirar donde tropezamos cuando caímos, llevó de un salto al Padre Leonardo de Jesús al punto donde los dos gritos sonaran. Una ojeada fué suficiente para darse cuenta de lo sucedido. Sobre las aguas del río, forcejeando inutilmente por ganar la orilla, con los ojos desmesuradamente abiertos, desencajado el semblante, el cabello en desorden, cárdenos los labios, los brazos extendidos reclamando ayuda, las ropitas en confusión, luchaba una niña contra la corriente que la llevaba con brutal empuje al despeñadero; y en la orilla, moviéndose como loca, trémula y lívida, una mujer alta, de talle esbelto, de busto amplio, de lindo rostro, de gentil aspecto y elegantemente vestida.

No tuvo necesidad de pensarlo más de un segundo el Padre Leonardo. Despojándose apresuradamente del hábito, lanzóse al río. ¡Ya era tiempo! Porque la criatura, agotadas sus escasas fuerzas, dejábase arrastrar por la corriente hundiendo con triste resignación su bella cabecita en las revueltas aguas.

Como fiera hambrienta a la presa que acecha, arrojóse la mujer aquella a su hija, apenas entre sus brazos la sacó del río el Padre Leonardo. Más parecían rugidos que sonidos humanos los que se escapaban del pecho de la madre. Confundía besos con lágrimas, palabras con gritos, quejidos con suspiros. A un tiempo lloraba y reía. Palpaba a la angelical muchacha, posaba en sus labios los suyos, la llamaba con nombres entrañables, la estrujaba contra su pecho, tomaba sus manos para darle calor con las suyas, la enjugaba el agua de los cabellos, la desnudaba febril para envolverla en su falda, mientras la niña, inmóvil, mirando fijamente a su madre y respirando trabajosamente, parecía interrogarla con los ojos, preguntándola si era verdad que se hallaba en salvo o era víctima de una espantosa pesadilla...

Al regresar, ya muy de noche, al pueblo el Padre Leonardo, seguido del asustado zagalejo, que refirió al señor Cura, con frases entrecortadas por la emoción que aún sufría, cuanto había sucedido aquella tarde, desnudóse rápido para meterse en el lecho; y en tanto el bueno del párroco y su ama se apresuraban a echar sobre el cuerpo del fraile cuantas prendas de abrigo encontraron en la casa a mano, para que rompiese a sudar pronto y el remoión no tuviese para él consecuencias. Leonardo repetía una vez más las palabras expresivas del pensamiento que vino atormentando su cerebro todo el tiempo que duró la vuelta a su accidental morada:

—¿Qué nuevo amor, Dios mío, será este que hoy he sentido nacer en mi alma?..

#### IV

¿Por qué conducto pudo llegar tan pronto a oídos del Padre Joaquín del Salvador la estupenda noticia?.. ¡El Padre Leonardo enamorado de una artista de *varietés*, de una cupletista de *cine*!

—Inconcebible el hecho y absurda la noticia—dijo con enojo el Padre Prior cuando el Padre Joaquín con veladas frases le insinuó la nueva.

—No tan inconcebible ni tan absurda—replicó algo desconcertado el «caritativo» fraile.—A mí me lo ha referido persona veraz, que debe de saberlo.

—¿Persona veraz llamáis a quien propala una calumnia, de invención seguramente? Obligado estáis a reparar la honra del Padre Leonardo—añadió severo el prior de la comunidad—o a probar la verdad de vuestra acusación indigna.

—Procuraré convencer a vuestra paternidad de que a lo menos yo nada he agregado a lo que me ha sido referido—concluyó el Hermano.—Y se retiró de la presencia del prior murmurando: ¡Cómo me sobraba la razón cuando en otra ocasión recordaba yo las palabras de San Ambrosio relativas a que es un loco atrevimiento buscar por gusto el peligro!..

Y, en efecto: a los pocos días presentáronse ante el Padre prior—tranquilo respecto a la conducta de su bien amado Leonardo, por lo que nada de su parte puso para indagar lo que pudiera haber de cierto en el hecho denunciado,—el sacristán del pueblo donde la cupletista residía, cuyo párroco era gran amigo del Hermano delator, acompañado del Padre Joaquín, y con la incoherencia

propia del habla de los lugareños rudos, dijo al mencionado prior lo que sigue.

«A mi pueblo, señor, lindante con el pueblo donde se encuentra el Padre Leonardo, como que sólo los separa un monte de pinos, va a pasar los veranos una chica, que es de él, y que se fué a servir a Madrid cuando se quedó sin «sustentadero», porque la fallecieron los padres siendo muchacha. Es una moza como no hay otra en veinte leguas a la redonda. Más guapa, más «fina», de andares más airosos, de mejor cuerpo y más lista, no la busque el señor, porque gastaría el tiempo en balde. Allí la queremos bien, porque hace muchas caridades y es muy cariñosa con todos.

«En Madrid se echó un novio muy rico, y aprendió a bailar y a cantar como ahora dicen que se estila, y se metió entre la gente de teatro, y creo que ha ganado muchos dineros. Por lo bien alhajada que va y lo que derrocha, no debe ser mentira la noticia. Pues esa moza, señor, se ha traído de Madrid una hija que no sabe nadie en el pueblo quien es su padre, ni ella se lo ha querido decir a nadie tampoco, pero a la que quiere más que a las niñas de sus ojos; y estando la otra tarde como quien dice, porque esto ha sucedido hace unas semanas, la madre, la chica y la mozuela que las sirve de criada, de merienda a la vera del río, la mozuela, que parece mismamente por lo «remaja» un angelico de iglesia, jugando se escurrió en una lancha y cayó al agua en el sitio más peligroso de la corriente.

«El que cae en tal sitio, como no le ayuden no se levanta, señor, porque se lo traga un despeñadero como se traga un mosquito una gallina... La criada cuenta que en menos de lo que se tarda en contarle pasó el suceso. Y que de pronto apareció un fraile, se quitó el hábito, se tiró al río y sacó a la niña muertecica de miedo y tiritando de frío... Y dice que después ha ido la madre todas las tardes al mismo sitio, y también el fraile; y que allí se encuentran siempre los dos, y pasan el rato charla que charla.

«Otros dicen haberlos entendido hablar de cosas muy raras, y haberlos visto juntos andando muy despacio, y sentarse algunas veces a la orilla del río, y mirarse muy fijos sin decirse oste mi moste, y despedirse hasta el otro día dándose muy fuerte las manos...

«El pueblo, con esto, arde en chismes, señor; y todos andamos de cabeza, porque las mujeres dicen que están escandalizadas, y el señor Cura dice que está asustado, y los mozos dicen que van a hacer un escarmiento. Y a todo esto, cuando la dicen algo a la moza, ¿sabe el señor lo que contesta? Pues que hace lo que la da la real gana porque en ella no manda nadie, y que a la gente nada la importa lo que ella haga...

«Yo a nadie he dicho esta boca es mía, porque al fin allá cuidaos y cada uno haga de su capa un sayo. Pero me llamó el señor Cura ayer de mañana, y me dijo: Genaro, que el señor prior del convento de Franciscos dicen que te llama para preguntarte algo. Y en menos de lo que se dice he venido... Parece ser que el que me llamaba ha resultado luego que era el Padre Joaquín... Pero, en fin, ya sabe el señor lo que pasa...»

Más blanco que una estatua de nieve, quedóse el Padre prior al escuchar el relato precedente. Ni valor tuvo para oírlo todo, pues interrumpiendo con un gesto desdénso al delator en sus últimas palabras, se alejó de él y de su acompañante con paso que delataba la agitación que sentía, murmurando con amargo desaliento y dolor profundo:

—¡Dios mío!, ¡Dios mío!... ¡Que va a ser de mi pobre Leonardo!...

«¡Oh!, decía el Padre Leonardo de Jesús, monologuando una tarde, de camino al hogar, ¿qué inefables dulzuras son las que guarda para el corazón humano el nuevo amor que ha germinado en mi alma?... ¿Será este amor el único verdadero, el que es como un reflejo del amor divino, el que demuestra el ansia de inmortalidad que todo ser humano encierra?... Todos los demás amores, ¿no serán sólo fruto de la fantasía del hombre, engendrados a imitación y semejanza de este amor, que por hallar presente el objeto de sus anhelos es el único real, y por calmar el deseo de correspondencia que todo amor requiere para ser verdadero, es también el único que satisface al alma que lo siente?... Si es indudable lo que escribió San Jerónimo de que «no puede el hombre vivir sin amor»<sup>1</sup>, creo discutible su parecer de que «demasiado amor de hermosura causa el trastorno de la razón»<sup>2</sup>... Yo no siento nublarse mi entendimiento ni ofuscarse mis sentidos cuando ante mis ojos tengo la figura de esa mujer tan bella... Siento, al contrario, que se esclarecen mis potencias y que se ilumina mi espíritu con la misteriosa luz que de sus ojos irradia... Siento que se abre mi corazón para recibir sensaciones ignoradas, como se abre la corola de algunas flores para que los rayos del sol vivifiquen sus pétalos... Siento que mi inteligencia se ensancha, con la posesión de verdades que desconocía, como se dilata el horizonte a medida que el sol levanta y disipa la niebla...

«Si amar a esa criatura de Dios, pálido reflejo de la belleza infinita, fuese pecado, ¿por qué Dios habría de poner en mi alma la fuerza para quererla y en mi corazón el impulso para venerarla?.. No... O yo he perdido el uso del discurso o no es cierto que pueda incurrirse en el enojo divino, amando a la obra que todos los pensadores llaman más perfecta de la creación... ¿Qué es eso del voto de castidad, si yo no he faltado a la promesa de huir de las tentaciones de la carne?.. ¡Si hasta ahora es el amor que esa criatura me une, un amor puro, que bien pudiera nombrar santo si, conforme dice el propio San Jerónimo, es cierto que debe reputarse santo el amor que está lleno de sufrimientos!..<sup>3</sup>

«Porque bien crueles sufrimientos son los que padece el espíritu cuando al contacto de dos almas, seguramente de naturaleza distinta, brota en una la chispa del deseo sin encender en la otra la llama de carnal sentimiento. Y sufrimiento es apagar con la castidad el fuego del apetito y obligar a que el instinto retroceda en su empuje cuando grita reclamando sus derechos, y no embriagarse con el aroma que de esa criatura se desprende y no enloquecer con sus sonrisas y no estremecerse de pasión bajo el peso de sus miradas, capaces de hacer vibrar al espíritu más sereno, como deberá agitarse el alma que sobre sí sienta la mirada del propio Dios...

«Tú bien lo sabes, Señor, porque lo ves todo, que nada hay de material en el amor que esa ideal criatura me inspira... ¡Ah! ¡Si lo hubiera!.. ¡Si lo hubiera, ya habríase mostrado, porque es de evidencia indiscutible aquella sentencia de nuestro Padre San Ambrosio: ninguna cosa se descubre más pronto que la castidad perdida!..<sup>4</sup>

Conforme al Padre prior le refirieron, la madre de la muchacha salvada por el Padre Leonardo, era una de las cupletistas más conocidas en aquella época.

1 *Amare nihil difficile homini.*

2 *Amor formæ, rationis oblivio est.*

3 *Amor sanctus, impatientiam non habet.*

4 *Nihil se prodit quam castitatis dispendium.*

Mujer extraña, egósta y neurasténica, sin cabida en el corazón para más cariño que el inmenso que sentía por su hija, habíase dejado querer de una corte numerosa de adoradores, explotando las caricias que les vendiera. Todos los hombres eran iguales para ella y de todos había oído las mismas palabras y análogas promesas. Los había escuchado a todos por turno y de ninguno, ni aún del que logró hacerla madre, guardaba recuerdo. Con idéntica regularidad con que en escena cantaba los cuplés y bailaba las danzas que tanta celebridad la dieron, elegía el amante que la parecía mejor, y le abandonaba sin acordarse ni de su nombre, transcurrido algún tiempo.

Por eso el amor que inició en el alma del salvador de su hija, despertó su curiosidad primero y su interés más tarde. Aquel hombre, de belleza rara y de mirar no menos raro, la decía unas cosas que no comprendía del todo y la hablaba de una manera a que no estaba acostumbrada. Sus palabras la sonaban en los oídos como eco de una voz que no perteneciera a este mundo, y caían sobre su espíritu, ya produciéndola algo semejante al placer que sigue inmediatamente al dolor cuando el acceso de dolor es muy intenso y de duración breve, ya levantando en su mente vago recuerdo de unas ideas de virtud, indefinibles e imprecisas, que la parecía haber tenido en otro tiempo, ya, en fin, haciendo que su memoria rememorase de un modo imperfecto y confuso, acordes aislados de una música dulcísima, que juraría haber escuchado en alguna parte, pero que no la era posible determinar dónde ni cuándo.

Quería muchas veces reírse de las palabras de aquel fraile, y concluía poniéndose seria. Intentaba burlarse de la gravedad del mismo, y acababa avergonzándose de su intento y experimentando como un sentimiento de tristeza. Pretendía tomarle a broma, y terminaba meditando lo que el Padre Leonardo la decía y sintiendo deseos de llorar arrepentida. Pensaba encender la llama del instinto en su amable amigo, riendo con risa provocadora, saltando con movimientos lascivos, abandonándose en sus brazos, estrechándole con firmeza las manos, y finalizaba ruborizándose con pudor de que hasta entonces no se había creído dueña.

—¿Acabará por volverme buena?—pensaba.—¿Será este hombre un loco y concluirá por volverme también loca?—decía.—Y el caso es que sólo de amor me habla; pero ¿qué amor será el suyo que no termina como el de los demás hombres?.. Me dan tentaciones unas veces de huir de él pidiendo auxilio a voces para que le persigan como a un demente, y otras se me doblan ante él las rodillas y quisiera pedirle que me dejase dormirme en sus brazos, al arrullo de esas palabras de amor tan extrañas que me dirige...»

## V

«Voy a referirte en unas cuantas palabras lo que me ha sucedido desde la última vez que nos vimos, hace hoy justamente seis meses.

«Mándome el Padre prior regresar al convento, sin pérdida de segundo. Le obedecí, conforme lo he hecho. Ya estaba enterado de todo por persona cuyo nombre quisiera no haber sabido. La comunidad entera, reunida en capítulo, se encontraba dispuesta para oírme y juzgarme. Habíanlo dicho, según el prior dijera al exponer la razón de aquella especie de concilio, que yo me había enamorado de ti, con gran escándalo público, grave daño para la religión y las costumbres e imperdonable pecado por mi parte, a causa de haber incurrido en excomunión gravísima.

«Repuesto de la sorpresa que la acusación me produjera, hablé, como tú hubieras hablado, si te vieras acusada de haber mantenido tratos ilícitos conmigo. No sé si convencí a los que me escuchaban. Sé que vi llorar al Padre prior, y que a otros Hermanos se les escapaban bastantes lágrimas y muchas muestras de asentimiento.

«Me condenaron a permanecer un año en reclusión y ayuno perpetuo en mi celda, y me impusieron varias otras penitencias menos penosas. Todo lo cumplo sin señales de cansancio ni de enojo. La inocencia tiene más fuerza y más constancia que la hipocresía.

«Hasta hoy no he tenido ocasión de mandarte ésta. Me está vedado escribir, y de mi celda se han recogido papeles y libros, privándome del mayor de mis consuelos. Las tuyas, todas las he recibido, y devuelto a quien me las entrega, como deseas, después de bien leídas.

«Persevera en tus pensamientos, que lóo cual ellos se merecen. ¿Permitirá Dios que podamos seguir amándonos en El, aun sin que nunca volvamos a vernos, hasta el día en que, según nos está prometido y está escrito en el Libro por excelencia, nos hallemos en el cielo, contemplando al que lo puede todo, *facie ad faciem*?

«Así se lo pido yo a la Virgen, a cuya devoción y culto me he ido encariñando desde que comenzó la expiación de mi supuesto pecado... ¡Pecado amarte en espíritu!... ¡Pecado el amor, la comunión, la mutua correspondencia de dos almas!...

«Y ¿sabes por qué me he ido poco a poco encariñando con la devoción a la Madre de Dios?... Pues porque, aparte de que en ella encuentro un consuelo que en ninguna otra devoción hallé hasta ahora, me parece que la reina de los angeles, amorosa ante todo con los hombres porque sabe mirarlos con el amor de madre,—ese amor de que hombre alguno, por sabio y místico que sea, no puede saber expresar adecuadamente,—será indulgente con los que aman, por lo mismo que Ella sufrió, amando, tanto.

«Amala tú también y encontrarás en ese amor bálsamo para las heridas de tu alma. Acaso Ella, alentando los santos propósitos que dices abrigar, ilumine tu entendimiento con la luz necesaria para conocer el áspero camino por donde ahora piensas dirigir tus pasos...

«¡Cuán vivísima alegría me ocasionaron tus últimas! Ya pronto podré expresarte con más detalle las satisfacciones que me causan tus hermosos proyectos. Dentro de dos semanas expira el plazo de la pena que sufro; y el Padre prior, siempre conmigo benigno, me ha prometido solemnemente ordenar que se me devuelvan mis papeles y mis libros.

«Todos están ya convencidos de mi inocencia. El Padre Joaquín del Salvador, horas antes de su muerte, declaró que la envidia que de mí sentía le llevó a buscar gentes que declarasen que nos habían visto... como ya sabes que dijeron. También dicen que la envidia arrastró a Satán a su perdición... Dios haya perdonado al pobre muerto, conforme yo le perdono. Parece que murió dando señales claras de la sinceridad de su arrepentimiento. De todos modos bastante castigo padeció con la agonía que sufrió el desdichado. Figúrate que preparando cera para limpiar el piso de la capilla de Nuestra Señora, se inflamó el aguarrás y prendió en sus ropas. Y allí, casi delante de la imagen de María, pereció entre dolores espantosos, sin que de nada valieran los auxilios que le prestaron los hermanos que acudieron al oír sus gritos.

«Como tú, creo también que nuestras almas están unidas para siempre. Aunque no podamos vernos con los ojos del cuerpo, con los del alma no dejaremos de vernos nunca. Juntas tu alma y mi alma, ascenderán en su día al cielo, y Dios bendecirá esa unión espiritual porque nada hay ni puede haber en ella de concupiscible ni de liviano. Pero precisa que perseveres en los propósitos de que hablas, y cuyo conocimiento inundó mi corazón de gozo. ¿Qué puede importante lo que de tu conversión piense el mundo, si a quien tornas lee la verdad de ella en lo más escondido de tu alma?»

«No necesitas esforzarte en pintarme la contrición que sientes por tu pasado. Sé que será todo lo perfecta que cabe en la naturaleza humana. La primera vez que hube de verte, en aquella tarde que jamás se borrará de tu memoria puesto que eres madre, sorprendí en tu mirada energías de que nadie te creería capaz conociéndote. Por eso persistí en mi idea de que tú sola, por tu propio esfuerzo, sin más trabajo ajeno que el mostrarte cuál es el camino que lleva a la verdad, purificases tu conciencia de las faltas que la manchan y de las que no eres en último término única responsable.

«Continúa, pues, sin amedrentarte por los obstáculos que la envidia o la meticulosidad de los hombres te oponga, caminando por el espinoso sendero que has emprendido. De tí será el triunfo. ¡Dichoso yo si también lo lograste!...

«¡Pobrecito angel! Mucho dolor me causó la triste nueva. La muerte de un joven es triste, pero la muerte de un niño parece siempre cruel. Mucha conformidad se necesita para que la razón acepte la idea de que debe resignarse una madre ante la pérdida de su hijo, sobre todo si éste apenas si tuvo tiempo para darse cuenta de que vivía. Hay que pensar que la muerte no es un castigo, sino una recompensa, un premio al pecado de haber nacido. Sino ¿cómo creer que merece morir un niño que ni aun tiene idea de lo que pueda ser el pecado?»

«Sin embargo, no te amilanes ante prueba tan ruda. Tu hija, aquella niña tan bella que yo saqué un día de entre las aguas de un río, velará por ti desde el cielo. Pídelas que también sobre mí tienda su mirada. Si los angeles de allá son como los angeles de la tierra, como era el encanto de tu hija, ¡cuán feliz debe uno sentirse con su compañía en el cielo!...

«El dolor ennoblece y dignifica, cuando con serenidad se soporta, así como se convierte en ridículo cuando se exterioriza en vanos lamentos y necios ayes, que acusan la pusilanimidad del espíritu de quien los lanza... ¡Muéstrate grande en tu dolor y aumentarás la grandeza de tu alma!... Piensa en la madre común a todos: ¡cuán imponente su pena al tener entre los brazos el cadáver de su hijo, y cuán mudo su dolor!; ¡cuán intensa y profunda su amargura y qué silenciosas sus lágrimas!...

«No nos será posible comunicarnos por escrito de hoy en adelante. Difícilmente encontraremos quien lleve las mías ni quien traiga las tuyas, residiendo tú ya en ese convento. Procuraremos, no obstante, hacer lo posible porque este inocente consuelo no nos falte.

«Para mí ha de ser muy penoso saber que cerraste contra el mundo y que para nadie de él existes... Prometo a tú profesión asistir, si no me lo prohíben los superiores. Aun en este caso, con los ojos del alma presenciaría tu enlace con el esposo divino. Y si en mi corazón cupiese la vanidad, ¡cuán orgulloso podría sentirme ahora con la parte que me toca en tu hermoso tránsito! Mas

sería mi orgullo infundado del todo, porque yo sé que en tu alma existía oculta la llama del amor puro, y que ha bastado un soplo para avivarla, como bastó, para que resucitase un muerto, que la voz del Crucificado sonara diciendo: ¡levántate, Lázaro, y anda!

«Nunca dejo de rogar a María Santísima por ti y por mí. Es cada vez más firme la devoción que me inspira. ¡Tan pura, tan bella, tan buena! ¡Es tan indulgente y tan misericordiosa con los que aman!...

«Me dices que aun sigues inconsolable por tu niña. No debe ser así, aunque así sea. Justo es que llores su muerte, pero resignada. Después de todo, si las lágrimas de dolor son como el agua bendita que borra del corazón las manchas del pecado, las lágrimas de la madre que llora al hijo muerto, deben formar al evaporarse el perfume que embalsame el trono donde el Señor se asienta... Ofrenda tus lágrimas a la que, como tú, fué madre. ¿Quién sabrá apreciarlas mejor que tan alta señora?...

## VI

—Y ¿es vuestra decisión irrevocable?

—Irrevocable, señor.

—¿Lo meditasteis bien, hijo mío?

—Bien meditado lo tengo, Padre. Insisto en mi deseo de que me destinen a las misiones que ahora salen para el Asia.

—El permiso acabo de recibirlo, Leonardo amado. Esta misma noche deberéis partir con el hermano Diego para incorporaros mañana a los Padres de la orden que marchan al puerto de Barcelona, donde embarcarán con rumbo a aquellas tierras.

—Está bien, Padre mío. Dadme el permiso y bendecidme antes de mi partida, que yo ya estoy dispuesto y pronto a cumplirlo.

Y un rayo de alegría iluminó por un instante el pálido rostro del Padre Leonardo.

—Preciso es,—murmuró el Padre prior al oído de Leonardo, abrazándole tiernamente;—preciso es, hijo mío, que sangre de dolor la herida que abrió en tu alma la repentina muerte de aquella desdichada novicia...

—No, no sigáis adelante, Padre mío—replicó, atajándole, el Padre Leonardo.—No despierte vuestra paternidad en mi memoria, el recuerdo de aquella horrenda desgracia. ¡Bastante han llorado mis ojos su muerte y bastante ha sufrido mi corazón con su ausencia!... El terrible mal que le arrebató la vida en unos meses, me ha respetado a mí, aunque le invoqué con desesperada energía... Ya no conservo recuerdo de la envoltura carnal que encerró el alma de aquella desventurada, a quien no permitió el Señor que gustara en vida las mieles de su sincero arrepentimiento... Su espíritu es el que siento flotar en mi redor y guiar mis pasos... Le veo ante mis ojos cuando los levanto al cielo, le escucho en mis oídos cuando oigo los ruidos exteriores, le noto en mi cerebro cuando pienso, le siento en mi corazón cuando deseo, le creo en mi voluntad cuando apetezco... No sé a dónde me lleva; pero él me guía, como guiaba a los reyes de Oriente aquel refulgente lucero que brillaba sobre el portal donde nació el redentor del mundo... Pero sangrar mi corazón por la herida que en él abrió su muerte, no, nunca, Padre mío... Mis amores no están en la tierra...

—¿Por qué, entonces, vais en busca de la muerte,—añadió el Padre prior, reprimiendo el llanto,—y nos abandonáis siendo aquí tan preciso?

—No soy yo el que marcha. Es su espíritu el que va. Y en pos de él, camino yo dichoso, Padre mío.

—¡Que Dios no te abandone!, con voz apenas perceptible terminó el prior, bendiciendo al Padre Leonardo.

Y cuando ya éste se había alejado de su presencia, exclamó sollozando con angustia:

—¡Que vuelva a verme, Señor, antes de mi muerte, y moriré tranquilo!..

A la hora de la partida, el hermano Diego no encontró al Padre Leonardo en su celda. Despedido de la comunidad toda, bajó a buscarle a la capilla de la Virgen, donde solía permanecer ratos largos desde el remate del castigo impuesto. Le halló allí, postrado de hinojos ante la imagen de María inundado de lágrimas el rostro, encendida la mirada, hablando en voz alta, como quien emite en palabras las ideas que piensa... Aun, con no poco asombro de su parte, pudo escucharle que decía:

«A ti, Señora, consagro desde hoy mi vida toda. A tu servicio pongo las potencias de mi alma y los sentidos de mi cuerpo... Puse mi amor en la naturaleza, y la naturaleza fué sorda a ese amor mío... Quise amar a los seres inferiores y los seres inferiores no correspondieron a mi cariño... Pretendí amar al hombre, y el hombre devolvióme, por cada prueba de mi amor, una muestra de la ruindad de su alma... Me acogí al amor de mi madre, y mi madre murió antes de que pudiera gustar las dulzuras de su cariño... Intenté amar a Dios, y no pude llegar, en mi indignidad, al merecimiento de su amor sacrosanto... Probé amar el alma de una mujer, y el alma de esa mujer voló al cielo sin amarme... A ti me acojo, Señora, y en tu divino amor me amparo... Sólo a tí quiero ya amar, madre mfa... Será tu amor el que dulcifique la pena que abrumba mi vida y satisfaga el ansia de amor de que mi corazón rebosa... Como mujer, apreciarás el grado de ese amor mío... Como madre, me amarás compasiva e indulgente... Siempre en honra tuya se moverá ya mi lengua y no cesarán mis labios de repetir las tiernas alabanzas que te han dedicado los hombres... Como el rey Sabio, entonaré tus loores; como el maestro Berceo, cantaré tus milagros... Con los santos, predicaré tus glorias... Con los poetas pregonaré tus excelencias... Subirá de mi corazón a mis labios, para traducirse en himnos de alabanza y cánticos de elogio, el amor que me inspiras, y no cesaré de amarte hasta que muera, si tú acoges bondadosa el pobre amor que te ofrezco... Porque tú, Señora, eres la sola, la verdadera, la única, la inmortal, la purísima, la eterna, LA SUPREMA DAMA DE AMOR!...

CÉSAR MORENO GARCÍA

## Galantería

Para M. M.

Fragante como un verso de Rubén el divino,  
como página ardiente del libro de Teresa,  
el alma que en tus ojos rasgados adivino,  
floreció en la sonrisa de tus labios de fresa.

Tu belleza envidiara la manola duquesa  
que hizo Goya inmortal con arte peregrino,  
y envidiara tus gracias, también de envidia presa,  
la más querida amante de Rafael de Urbino.

Si fueras una santa yo sería creyente,  
que a tus pies, de rodillas, te rezara ferviente  
con el alma contrita, transido el corazón;

eres mujer y bella, y como soy poeta  
mi siempre ensoñadora galana musa inquieta  
te dice madrigales floridos de pasión.

JESÚS PÉREZ

Valencia de D. Juan, 1916.

## Crónicas catalanas

Exposición César de Salvador

De propósito dejamos de hablar a raíz de su celebración, de esta exposición, en el deseo de hacerlo más serena y tranquilamente.

César de Salvador, pulcro y originalísimo escritor ya conocido en la literatura, era un nombre que surgía de la sombra, un novel en el arte pictórico que presentábase a la pública sanción en el más importante Salón de Barcelona.

Nosotros, en nuestra juventud, sentimos siempre una honda y sincera simpatía por el escritor que publica su primer libro, por el pintor que expone por vez primera sus telas. Y creemos firmemente que aun cuando las obras sean malas—siempre que véase en ellas sinceridad—hay un deber ineludible de ser benigno. ¡Ojalá nuestros críticos, tan eruditos, tan encumbrados, tan desdeñosos, tuvieran esa máxima y en vez de darse el placer de la pateadura, colocándonos, al propio tiempo, la muestra de su erudición, infundieran valor y ánimos al novel artista, que mucho iría ganando en ello la justicia y el arte!

Nosotros, que no somos críticos—en nuestra humildad no pasó jamás por nuestra mente el serlo—no hacemos más que reflejar la impresión que nos produjeron en el ánimo las obras admiradas.

Y la impresión que nos causó la primera exposición de pinturas celebrada en las Galerías Layetanas por César—bajo este nombre firma sus obras—fué de una intensa emoción.

A cincuenta ascendían las obras expuestas, la mayoría pinturas al óleo, las demás dibujos al carbón y a la pluma.

Una gran diversidad de asuntos fueron objeto del estudio del artista, retratos, paisajes, desnudos, asuntos de fantasía y místicos.

Lo que más hondamente impresionó nuestra atención fueron lo que pudiéramos llamar asuntos místicos filosóficos. César pinta disecando el alma y el espíritu de su modelo, la mujer, el pueblo, el paisaje. Bella muestra de ello son las obras tituladas «Devoción Castellana», «A misa del gallo (Avila)», «Plazuela de los Dolores (Córdoba)» y otros del propio estilo, en que refléjase toda la hosquedad y toda la grandeza de nuestras ciudades muertas, intensamente trágicas y torturadoras en su placidez y quietismo.

Estas obras constituyen al propio tiempo verdaderos aciertos de color, de unos cielos intensamente azules, de un riquísimo azul, y de unas tierras grises, pardas, cenicientas.

Y en los cuadros de majas—presentaba quince de ellos—el color llega a una intensidad prodigiosa, los tonos claros, rientes, las carnes rosadas y los labios rojos y las gasas albas y la gama multicolor del mantón chinesco.

Los «Retablos del amor y del dolor», destinados a una iglesia rural, constituyen verdaderos aciertos en el arte decorativo.

Infinidad de apuntes al carbón, al lápiz y la pluma que demuestran la justeza y corrección del dibujante.

Por lo que queda dicho se ve que la exposición de ese joven pintor es sumamente heterogénea. Nosotros creemos ver en esa diversidad de asuntos y procedimientos no un tanteo en busca de un procedimiento o de un asunto afortunado, ya que en todos ellos raya el autor a la misma altura: acaso, acaso haya en eso un alarde de su fácil adaptación a los diversos medios y ambientes. Sinceramente creemos que la dispersión de energías resulta siempre en merma de la obra futura y definitiva.

César, recordando la ejecución de afamados artistas—gran honra para él,—marca en sus obras un estilo muy personal.

Esperamos ver muy pronto la cristalización artística definitiva de este joven pintor catalán.

### Las fristes aves agoreras

Dióse de moda en los periódicos de la corte, a raíz de la campaña parlamentaria, enviar cronistas a Barcelona en exploración o descubrimiento del espíritu catalán.

Y la suerte no fué propicia a los enviados. Seis, ocho días de deambular por la ciudad, con los ojos muy abiertos, con un afán grande e insaciable de verdad—hemos de creerlo así—para no lograr ver más que el falso ambiente de nuestras Ramblas y la más falsa vida del barrio canalla con toda su ostentación de lujuriosa opulencia, es bien poco a fe para el sutil ingenio y percepción de los cronistas madrileños.

El alma de nuestra ciudad permaneció hermética para ellos y sus voces fueron como tristes graznidos de pájaros agoreros.

### Los nuncios de la buena nueva

La campaña de propaganda regionalista por España organizada por los nacionalistas catalanes, dió comienzo con el discurso del señor Ventosa y Calvell en los Juegos Florales de Valencia.

Los elementos valencianistas de la ciudad hermana acogieron con extraordinario entusiasmo las manifestaciones del diputado catalán, demostrando que vive en ellos el espíritu de la raza que no ha menester más que la voz exaltadora de los apóstoles que le despierten de su marasmo.

Próximamente ha de emprenderse una activísima campaña en Galicia, Andalucía y Asturias.

La aurora del regionalismo salvador ha de iluminar muy pronto el despertar de las regiones españolas.

### Don Miguel de Unamuno

El insigne Don Miguel de Unamuno—sentimos una profunda y sincera admiración por el ilustre catedrático de Salamanca—ha presidido en Palma de Mallorca la Fiesta de los Juegos Florales.

Y la voz severa y trágica en sus predicciones se ha alzado en la fiesta todo luz, todo vida, todo esperanza.

Don Miguel de Unamuno habló de la vieja y constante España y en su discurso trató de las por él negadas nacionalidades ibéricas, reconociendo acaso a su pesar la personalidad de Cataluña que debe—dice—conquistar la lengua castellana, catalanizándola, a ejemplo de lo que hicieron los vascos.

El Sr. Unamuno tiene el ánimo cerrado a la esperanza, y ante el estallido de vida de nuestra región sintió el desconcierto del que padece una pesadilla y habiéndose acostumbrado a ella, se ve de pronto libre de su tiranía.

Las frases pronunciadas por el docto catedrático durante su estancia en Cataluña, se afirma que fueron menos trágicamente desoladoras de lo que él tiene por hábito.

LUIS G. MANEGAT

Barcelona, Agosto 1916.

# Anales del Teatro Español

(CONTINUACIÓN)

Murió en Madrid el comediante Francisco Alvarez, marido de Juana de Olmedo.

.....

Nació en Cádiz la comedianta Petronila Gibaja, que era hija de don Juan Santiago Gibaja, natural de Écija, y de doña Rosa María Sancho Valderrama, de Sevilla.

.....

Casó en Lisboa la comedianta Josefa Salvadora, que era natural de Loja y muy diestra en su arte, con el autor Juan Francisco Saelices.

.....

Trabajó este año en Madrid la compañía de que era autor Agustín Manuel, llevando, entre otras, las siguientes mujeres: Margarita Ruano, tercera dama; Manuela de la Cueva, cuarta dama; Manuela de la Baña, sexta dama; María de Villavicencio, *La Chambergo*, séptima dama.

.....

Murió en Trujillo el comediante Juan Alonso, llamado el *Ronquillo*.

## 1693

**28 Enero.**—Murió la poetisa Sor Violante del Cielo, (doña Violante de Silveira), monja dominica, que escribió la comedia *Santa Engracia*.

**16 Mayo.**—El autor Cristóbal Caballero, empezó con su compañía en Valencia. Llevaba como tercera dama a Ana de la Rosa, y como quinta a Gabriela Velarde Figueroa y Josefa de la Rosa. De segundo músico iba Baltasar Caballero.

**7 Septiembre.**—Don Andrés González de Barcia, titulándose don Jácome de Cárdenas, comenzó a escribir la comedia *Los peligros por amar*.

## 1693

Casó en Murcia el comediante Salvador de la Calle, perteneciente a la compañía de José Antonio Guerrero, con María Bernarda, natural de Loja, sobrina política del autor de comedias Juan Francisco Saelices. Fueron padrinos José Antonio Guerrero y Josefa de Salazar.

.....

El Cardenal Fr. José Sierra de Aguirre, del hábito de San Benito, natural de Logroño, publicó en Roma su *Collectio maxima Conciliorum Hispanice*, donde se dirigían ataques a las obras dramáticas, estimando como inmorales las representaciones escénicas.

.....

Estuvo en Valencia este año la compañía de José Antonio Guerrero, llevando de segunda dama a Josefa Salvadora; de tercera, a Antonia María; de quinta, a María Pacheco; de sexta, a la gibraltareña María López; y de cuarto galán, a Salvador de la Calle.

\*\*\*\*\*

Hizo las fiestas del Corpus en Madrid, la compañía de Agustín Manuel. Se escribió por don Manuel Vidal Salvador una Loa Sacramental alegórica para el auto de *Música enseña el amor*, relativa a la enfermedad y salud del Rey. Figuraban en este empeño: María de Villavicencio, quinta dama; Paula de Olmedo, sobresaliente; y Angela de San Román, cuarta dama.

1694

**12 Marzo.**—Murió en Madrid el poeta dramático don Antonio Folch de Cardona, marqués de Castelnou y Pons, Barón de Masalares, Peranchet y Prades. Fué gentil hombre de don Juan de Austria, mayordomo de Carlos II y consejero de Aragón. Se ordenó de sacerdote. Entre sus comedias figuran: *El más heroico silencio*, *Del mal lo menos*, *La pragmática de amor*, *Dido y Eneas*, *Más es servir que reinar*, *No siempre mienten señales*, *Obrar contra su intención*, *Vencer al fuego es vencer*, y *La moda de Palacio*.

\*\*\*\*\*

En Valencia comenzó la compañía de Miguel de Castro, figurando en ella Margarita Ruano, dama, Isabel de Mendoza, *La Isabelona*, sobresaliente; y Josefa Catalina Sánchez de Estrella, segunda dama.

**Mayo.**—Se autorizó al librero Francisco Sacedón, a publicar una nueva edición de la *Cythara de Apolo*, de don Agustín de Salazar y Torres, a cuya edición se agregaron las comedias *Elegir al enemigo*, *El amor más desgraciado*, *La mejor flor de Sicilia*, *También se ama en el abismo*, *El encanto es la hermosura* (concluida por Vera Tasis), *Thetis y Peleo*, y otras; y varias loas.

**16 Junio.**—Casó en Orihuela el comediante y apuntador Juan Manuel con María Bravo, natural de aquella ciudad.

**Octubre.**—El poeta don Antonio de Zamora, fué nombrado Poeta especial de Palacio, en sustitución de Bances Candamo.

El poeta dramático D. Francisco Bances Candamo, fué nombrado Visitador General de Alcabalas, de Córdoba, Sevilla, Málaga, Jerez, Sanlúcar, Gibraltar y Ronda.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR  
Académico C. de la Real de la Historia

(Continuará).

## Registro bibliográfico

La hermosa biblioteca de Menéndez Pelayo, en Santander, ha tenido la fortuna de caer bajo la dirección de D. Miguel Artigas, en quien se junta una vastísima cultura y un amor sin límites a la fundación del maestro inolvidable.

El Sr. Artigas ha creído, con muy buen acuerdo, que conviene ir publicando muchas de las curiosidades y manuscritos interesantes que contiene la biblioteca, y al efecto ha comenzado por dar a la estampa una obra inédita de D. Cayetano Alberto de la Barrera: *El cachetero del Buscapié*.

La variada erudición de aquel docto escritor que tanto trabajó por nuestra historia literaria, aparece de manifiesto en este libro. Refiérese, como se comprende por el título, a la superchería del *Buscapié*, que tanto dió que hablar, pero que bien pronto quedó definitivamente juzgada. La Barrera reunió en este libro todos los antecedentes del asunto y acopió numerosas e incontrovertibles pruebas demostrando plenamente la falsedad.

Cordial enhorabuena al Sr. Artigas por el volumen con que inaugura las publicaciones de la Biblioteca Menéndez Pelayo.

\* \* \*

El exquisito poeta cuanto docísimo escritor Eduardo de Ory, ha publicado recientemente un libro lleno de amenidad e interés. Titúlase *Manuel Reina*, por estar destinado a estudiar la personalidad de aquel insigne vate andaluz que dejó huella propia y distinta en la poesía española del siglo XIX.

Eduardo de Ory traza con singular cariño y acrisolada maestría la biografía de Manuel Reina. Aporta datos variados y curiosos, da cuenta de sus preciadas obras y enriquece la documentación con un ramillete de poesías inéditas de su biografiado. Bien puede decirse que Eduardo de Ory, como espíritu perspicaz e impregnado de poesía, ha sabido identificarse con el autor de *La Vida Inquieta*.

Libros como el del ilustre director de *España y América* son los que hacen falta para conocer debidamente a nuestros grandes hombres.

\* \* \*

Ya conocido justamente en España es el escritor dominicano F. García Godoy, que ha dado últimamente a la estampa un libro de crítica titulado *De aquí y de allá*.

Se inspira García Godoy en la moderna corriente de crítica sana y penetrante, que sin menospreciar las cosas viejas por el hecho de serlo, conoce las nuevas y sabe sentirlas con toda precisión.

En *De aquí y de allá* se echa de ver, como en todos los escritos del mismo autor, la justeza y exactitud en los juicios, la observación amplia y generalizadora de causas y efectos, la elocuencia viva que traduce en palabras las emociones. La prosa de García Godoy es de una sencillez y transparencia encantadoras.

\* \* \*

La Librería Ollendorff, de París, ha publicado últimamente tres libros, cada uno de ellos lleno de particular interés: *La lectura de los clásicos*, *El maestro del Libertador* y *El Sargento Felipe*.

El primero de ellos inicia la publicación de una serie que ha de divulgar obras maestras de nuestra literatura clásica. Contiene este primer tomo dos comedias de Calderón—*La vida es sueño* y *El purgatorio de San Patricio*—, y el mayor elogio de la edición consiste en decir que ha corrido a cargo de D. Miguel de Toro Gisbert, cuyos profundos conocimientos sobre la lengua y literatura castellanas son bien notorios.

*El Maestro del Libertador*, de D. F. Lozano y Lozano, es un libro documentado y minucioso, donde se traza la biografía de D. Simón Rodríguez, maestro de Bolívar. Gracias a las investigaciones practicadas por el Sr. Lozano, venimos a conocer de cuerpo entero, con sus originalidades y relieves, la figura de aquel educador, que bien merecía este recuerdo.

*El Sargento Felipe* es una interesantísima novela original de Gonzalo Picón Febres. Lleno de verdad está el cuadro en ella trazado, donde presenciamos con

interés creciente un episodio de las luchas civiles de Venezuela, y en cuyo fondo aparece la trágica y atractiva figura del sargento Felipe, vengador de su honra mancillada.

\* \* \*

Ya la prensa ha hablado con el debido elogio de la novela *Los peleles*, de que es autor el conocido escritor salmantino Fernando Iscar Peyra, colaborador meritísimo de la REVISTA CASTELLANA.

Es esta una novela primorosa, sencilla con la sencillez de la verdad, que en los hechos más naturales guarda una tragedia. Y como Iscar-Peyra narra y dialoga con una transparencia sin igual, parece que en vez de un relato novelesco se está leyendo un suceso real, tanto más interesante cuanto más humano.

Adolfo Menéndez... D. Prudencio Munguira... D. José Luis Menéndez del Arco... Todos ellos son hombres de carne y hueso, que, salvo diferencias accidentales, estamos saludando todos los días. El lector, ingenuo y sentimental, no puede menos de lamentar que Adolfo Menéndez acabe de modo tan desastrado.

La novela, en suma, colma las medidas de la buena literatura. No en vano Iscar-Peyra es uno de los más celebrados escritores castellanos.

Lleva el libro un sabroso prólogo del eximio Unamuno.

\* \* \*

*Emoción* se titula el último libro de versos publicado por el joven poeta uruguayo Montiel Ballesteros.

Las poesías que le forman son vibrantes y animadas de mucho fuego. Nos complacemos en reproducir el bello soneto *Matinal*.

Oh, pura suavidad de la mañana  
Frescor de brisa bien oliente a flores,  
Que me susurra con su voz de hermana  
Una historia dulcísima de amores.

Armonía de luz y de colores,  
Himno de la natura soberana  
En los trinos de líricos cantores,  
Y en el lírico hablar de la fontana.

Oh, suavidad de la mañana pura  
En que el alma, en un baño de frescura,  
Siente reverdecer la fe perdida.

Con este cielo azul y esta bonanza  
Siento que me sonrío la esperanza  
En los brazos abiertos de la vida,

\* \* \*

El P. Graciano Martínez, uno de los más ilustres escritores de la orden agustiniana—que tantos y tan preclaros los tiene—ha coleccionado en un volumen varios notables artículos que aparecieron primeramente en *España y América*.

Se titula el libro *Hacia una España genuina*, y se refiere a los problemas de más viva y palpitante actualidad. Como el P. Martínez los aborda abiertamente y sin eufemismos, es seguro que le han de salir contradictores; pero nadie negará la firmeza de sus convicciones, sus admirables cualidades de polemista y el acendrado patriotismo que, aun poniendo al descubierto llagas nacionales, le guía en todas las ocasiones.

## Libros recibidos

DE LOS CUALES SE HABLARÁ EN NÚMEROS SUCESIVOS

M. Pérez y Curis: *El Marqués de Santillana*.—Montevideo, 1916.

P. Luis Villalba: *Enrique Granados*.—Madrid, 1916.

Alfredo Giannini: *Gl'Intermezzi* (de Cervantes) *tradotti e illustrati*.—Lanciano, 1915.

Benedetto Croce: *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*.—Bari, 1917.